«Somos, constitutivamente, especies compañeras. Nos construimos mutuamente, en carne y hueso. Siendo alteridades significativas la una para la otra, con diferencias específicas, encarnamos significativamente esa terrible infección evolutiva llamada amor».

Alianza *Sendas*

Cuando se encuentran las especies

Donna J. Haraway

Cuando se encuentran las especies

Traducción y prólogo de Helen Torres

Alianza *Sendas*

Título original: *When Species Meet*
Esta edición ha sido publicada por acuerdo con University of Minnesota Press, Minneapolis, Minnesota, U.S.A.

Primera edición: octubre de 2026

Diseño de cubierta: Lo Siento Studio

La editorial ha realizado diligencias razonables para identificar y localizar a los titulares de derechos de las imágenes reproducidas en esta obra. En aquellos casos en que no ha sido posible hacerlo, la editorial queda a disposición de quienes acrediten derechos sobre las mismas.





Esta obra ha recibido una ayuda del Ministerio de Cultura,
a través de la Dirección General del Libro, del Cómic y de la Lectura.

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© Copyright 2008 by Donna J. Haraway
© de la traducción y el prólogo: Helena Torres Sbarbati, 2026
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2026
Calle Valentín Beato, 21
28037, Madrid
www.alianzaeditorial.es

ISBN: 979-13-7009-334-1
Depósito Legal: M-13346-2026
Impreso en España - *Printed in Spain*

Índice

9 Prólogo

Primera parte. Nunca fuimos humanos
15 1. Cuando se encuentran las especies. Presentaciones
63 2. Perros con valor añadido y capital vivo
93 3. Compartir el sufrimiento. Relaciones instrumentales entre animales de laboratorio y su gente
123 4. Vidas examinadas. Prácticas de amor y conocimiento en el mundo canino de los perros de raza
171 5. Clonar perros mestizos, salvar tigres. Florecimiento y angustia bioética

Segunda parte. Notas de la hija de un periodista deportivo
205 6. Cuerpos capaces y especies compañeras
227 7. Especies de amistad
251 8. Entrenar en la zona de contacto. Poder, juego e invención en el *agility*

Tercera parte. Especies enredadas
303 9. *Crittercam*. Ojos compuestos en las naturoculturas
321 10. Pollo
333 11. Devenir especies compañeras en la tecnocultura
343 12. Mordiscos de despedida. Una indigestión nutritiva

363 Agradecimientos
369 Procedencia de los textos
371 Notas
443 Índice analítico

Prólogo

Este prólogo surgió en conversación con Donna Haraway, que respondió generosamente a mis preguntas sobre cómo presentar la edición en español de *Cuando se encuentran las especies*. La primera edición en inglés se publicó en el año 2007, en un mundo que se sentía un poco menos hostil. O quizás es que era más fácil cerrar los ojos al horror.

En aquel entonces, todavía fantaseábamos con las promesas de libertad que nos ofrecían las «nuevas tecnologías de la información y la comunicación», y la «inteligencia» era un territorio casi exclusivamente humano. El mundo del arte contemporáneo no estaba obsesionado con devenir hongo, planta o animal, casi nadie sabía lo que significaba *terian* y la naturaleza era natural, un poco contaminada por la cultura, pero no tanto como para quitarnos el sueño. La sexta extinción no era más que el mal augurio de un reducido grupo de aguafiestas. Las redes, los nodos, los pasajes y los flujos eran metáforas con el poder de transformar la realidad y robustecer las democracias.

El «Manifiesto cíborg» se había publicado a mediados de los ochenta, pero veinte años después aún no habíamos acabado de digerirlo. Su eslogan «¡Cíborgs por la supervivencia de la Tierra!» nos interpelaba y nos daba un lugar desde donde luchar por un mundo más justo. Tocaba abrazar la tecnología. Y lo hicimos, pero

siguiendo la tradición de aferrarnos a mitos humanistas: como Prometeos posmodernos, enceguecidos por los dioses de nuestra propia creación, nos dejamos deslumbrar por el brillo de esas prótesis cada vez más livianas, cada vez más pequeñas. En la vorágine de los movimientos altermundistas, ignoramos la historia militar de las nociones de comunicación e inteligencia y nos quedamos solo con la parte de la ciencia ficción.

En eso estábamos cuando, en 2006, Donna Haraway vino a Barcelona a presentar su *Manifiesto de las especies compañeras*. Ella misma dice, en las páginas que siguen, que a veces los filósofos nos llevan a lugares terribles. En una semana, esa mujer de mediana edad, con el aspecto de quien va a pasear a la montaña un día soleado, modesta y aparentemente incansable, pobló nuestras fantasías milenaristas con perros, algunos de carne y hueso, con nombres y razas específicas, otros como protagonistas de viñetas o bajo la apariencia de tocones; nos habló con fascinación de un filósofo y matemático del siglo XIX, llamado Alfred Whitehead, y de su falacia de la reificación; insistió en la importancia de la propuesta cosmopolítica de Isabelle Stengers y, por si esto fuera poco, nos trajo de regalo un artículo de Anna L. Tsing, titulado «Bordes díscolos. Los hongos como especies compañeras». Un banquete para aprendices de Frankenstein con mucho por fermentar…

Veinte años más tarde llega esta traducción, alentada por el tesón de un editor y la terquedad de una traductora. Me pregunto cómo vamos a hacer la digestión esta vez, ahora que las urgencias del presente nos aturden, a la vez que tenemos más conciencia de nuestras responsabilidades ante las múltiples crisis y de la imperiosa necesidad de cambiar nuestros estilos de vida. Los cíborgs en que hemos devenido, con sus inteligencias artificiales y su solastalgia, con sus hoteles para mascotas y su avidez por los combustibles fósiles, ya no tienen vendas suficientes para taparse los ojos.

Los libros no pueden plantearse como solución a los problemas. Pero ayudan a pensarlos. ¿Y cuál es el problema? El excepcionalismo humano, que nos sitúa en la cúspide de una pirámide de dominación desde donde miramos al resto de los habitantes del planeta, a una distancia que nos impide dejarnos afectar por el sufrimiento ajeno. *Cuando se encuentran las especies* es un desafío a ese marcado antropocentrismo, «un esfuerzo por explorar el *devenir-con* en estos

tiempos turbulentos, tecnológica y políticamente difíciles», comenta Haraway*. La preposición, «ese artefacto inquieto que nos mantiene despiertos»**, como dice Laura Wittner, marca la diferencia.

El título del libro funciona también como un eslogan, igual que *Seguir con el problema*. Son consignas que bien podrían ir entre signos de interrogación. Si ya no podemos pensar desde el andamiaje del excepcionalismo humano, ¿cómo pensar? ¿Desde dónde? ¿Cómo resistir la tentación de ubicarnos detrás del prefijo *post-*? «Compost, no posthumanos», es otro de los lemas que nos ofrece la autora y este libro profundiza.

Entonces, ¿qué ocurre cuando se encuentran las especies? ¿Qué hilos se enredan en esas zonas de contacto, qué nudos hay que fortalecer y cuáles desenredar para el florecimiento de la vida? ¿Qué pasa cuando devolvemos la mirada a nuestras alteridades significativas? En un momento de nuestra conversación, Haraway condensó estas cuestiones en una pregunta que recorre todo su trabajo: «¿Quién vive, quién muere y cómo, en este modo semiótico-material de vivir y morir con, en esta forma de inteligencia, en estas prácticas de comunicación?».

¡Qué difícil pensar sin el disfraz de lo bueno y lo malo! Y qué tentador llamar «pensamiento situado» a una lista de adjetivos… «Situado es dar cuenta del tiempo y el lugar en los cuales vivimos, aquí y ahora, es preguntarnos cuál es nuestra herencia y qué hacemos con ella», precisa Haraway. Y continúa: «No hay sustitutos para el pensamiento situado, lo necesitamos para poder abrir grietas desde donde surja algo nuevo».

Cuando se encuentran las especies insiste en poner atención a las especificidades y los hábitats de cada especie en particular, a sus diferentes genealogías y ecologías. Aunque los perros ocupan un lugar destacado, el libro está poblado por muchos otros bichos: tigres, rémoras, moscas tsé-tsé, caracoles, pollos, ballenas, monos, gatos callejeros, wómbats de nariz peluda del norte, las muletas de su padre, las crittercam… Todos ellos considerados como trabajadores, socios plenos en un constante devenir compartido.

* Las citas de Haraway proceden de la conversación que dio pie a este texto.
** Laura Wittner (2021), *Se vive y se traduce,* Kriller 71, p. 19.

«Y también es una historia de amor. Sin duda alguna», agrega Donna. Una larga carta de amor a la señorita Cayenne Pepper, la perra de su corazón, y a Roland, otro de sus compañeros de *agility*; a su padre, el periodista deportivo Frank O. Haraway; a sus amistades, a sus colegas de deporte y profesión, a su familia *queer*; a los seres con los que se fue enredando a medida que avanzaba en la escritura del libro, como todas esas personas que luchan cada día por mantener relaciones más equilibradas con los animales con los que trabajan y conviven.

Un amor al que Vinciane Despret, compañera de tejido de Haraway, llama «práctica antropo-zoo-genética»: «una experiencia compartida del ser "con"» que activa a los sujetos, «tanto creando pasiones como siendo fruto de ellas». Aquí pasión «no se refiere a un suplemento parasitario» ni a bonita historia de amor: significa hacer un esfuerzo por interesarse, por preocuparse*. Preocuparse por cómo establecer relaciones con las especies compañeras con consideración y respeto.

Podríamos decir que el gran tema del libro es cómo practicar la cosmopolítica, en el sentido que le da Isabelle Stengers. No se trata de una lista de cosas por hacer para responder moralmente a los problemas del presente, sino de generar y poner en práctica herramientas que nos ayuden a pensar las articulaciones que conectan distintas ontologías y formas de vivir y morir, a tejer figuras de cuerdas entre humanos y más-que-humanos en diseños inesperados y complejos. En otras palabras, de generar mundos de manera colaborativa.

En su ensayo especulativo «La teoría de la ficción como bolsa de viaje», la escritora Ursula K. Le Guin dice: «Un libro contiene palabras. Las palabras contienen cosas cargadas de significados». Ojalá que los múltiples significados que florecen en estas páginas sean hilos en la trama y la urdimbre de mundos más justos para humanos y no humanos.

Helen Torres

* Vinciane Despret (2008), «El cuerpo de nuestros desvelos. Figuras de la antropo-zoo-génesis», en T. Sánchez Criado, *Tecnogénesis*, vol. 1, UOC, pp. 258-259.

Primera parte

Nunca fuimos humanos

1. Cuando se encuentran las especies

Presentaciones

Dos preguntas guían este libro: 1) ¿A quién y qué toco cuando toco a mi perra?, y 2) ¿De qué manera «devenir con» constituye una práctica de devenir mundano? Enlazo estas dos preguntas en un par de expresiones que aprendí en Barcelona gracias a un español que ama a los bulldogs franceses: alterglobalización y altermundialización[1]. Ambos son términos inventados por activistas de Europa para subrayar que con sus perspectivas sobre los militarizados modelos neoliberales en que está construido el mundo no plantean luchar contra la globalización, sino cultivar una alterglobalización más justa y pacífica. Si volvemos a enlazar algunos de los nudos de las vidas multiespecie en la Tierra, podremos aprender una altermundialización muy prometedora.

Creo que aprendemos a ser mundanos bregando con lo ordinario más que generalizando al respecto. Soy una criatura del lodo, no del cielo. Soy una bióloga que siempre ha extraído una enseñanza espiritual de las asombrosas habilidades del fango para mantener las cosas en contacto y para lubricar caminos para los seres vivos y las partes que los componen. Me encanta que los genomas humanos solo estén en un 10 por ciento de todas las células que ocupan el espacio mundano que llamo mi cuerpo y que el restante 90 por ciento de las células esté compuesto por genomas de bacterias, hongos, protistas y organismos similares, algunos de los

cuales interpretan la sinfonía necesaria para mantenerme viva, mientras que otros son autoestopistas inofensivos. Mis diminutos acompañantes me superan con creces; mejor dicho, me convierto en un ser humano adulto en compañía de estos diminutos comensales. Ser uno es siempre *devenir con* muchos. Parte de esa microbiota personal es peligrosa para quien escribe esta frase; de momento, está controlada por las medidas que toma la sinfonía que coordina a todos los demás, células humanas y no humanas que hacen posible mi yo consciente. Me encanta pensar que, cuando «yo» muera, todos estos simbiontes, los peligrosos y los benignos, tomarán el mando y usarán lo que quede de «mi» cuerpo, aunque sea por un tiempo, ya que nos necesitamos mutuamente en tiempo real. Cuando era pequeña, me encantaba habitar mundos en miniatura repletos de entidades reales e imaginarias aún más diminutas. Me fascinaba el juego de escalas temporales y espaciales que me revelaban los juguetes y los cuentos infantiles. Entonces no sabía que ese amor me estaba preparando para encontrarme con mis especies compañeras, que son mis hacedoras.

Las figuras me ayudan a adentrarme en la carne de los enredos mortales que generan el mundo y que llamo zonas de contacto[2]. El *Oxford English Dictionary* recoge la acepción de «figuración» como una «visión quimérica», según una fuente del siglo XVIII. Este significado sigue estando implícito en mi manera de entender el término «figura»[3]. Las figuras congregan a las personas invitándolas a habitar el relato corpóreo narrado en sus lineamentos. Las figuras no son representaciones ni ilustraciones didácticas, sino nodos o nudos semiótico-materiales en los que cuerpos y significados diversos se dan forma mutuamente. Para mí, las figuras siempre han estado en la confluencia entre lo biológico y lo literario o lo artístico, con toda la fuerza de la realidad vivida. Mi propio cuerpo no es más que una de esas figuras, literalmente.

Durante muchos años he escrito desde las entrañas de figuras poderosas, como los cíborgs, los monos y los simios, los oncorratones y, más recientemente, los perros. En todos los casos, las figuras son, al mismo tiempo, criaturas de una posibilidad imaginada y criaturas de una realidad ordinaria y feroz; las dimensiones se entrelazan y requieren respuesta. *Cuando se encuentran las especies* trata sobre este tipo de duplicidad, pero especialmente sobre los

juegos de figuras con cuerdas en los cuales se constituyen quienes están destinados a estar en el mundo, a través de la interacción y la intracción[4]. Los compañeros y las compañeras no preceden al encuentro; las especies de todo tipo, vivas o no, son el resultado de la danza de encuentros que conforma a sujetos y objetos. En este libro, los compañeros, las compañeras y los encuentros no son meras presunciones literarias, sino seres-en-encuentros ordinarios que acontecen en la casa, el laboratorio, el campo, el zoológico, el parque, la oficina, la prisión, el océano, el estadio, el granero o la fábrica. En su calidad de seres ordinarios anudados, son siempre figuras que generan significado, congregando a quienes les dan respuesta en tipos impredecibles de «nosotros» y «nosotras». De la miríada de especies enredadas que habitan la Tierra constituyéndose mutuamente, este libro se centra en los encuentros entre seres humanos contemporáneos y otros bichos, sobre todo aquellos que llamamos «domésticos».

Así, en los capítulos siguientes conoceréis a perros clonados, tigres registrados en bases de datos, un reportero de béisbol en muletas, una activista por la salud y la genética de Fresno, lobos y perros de Siria y los Alpes franceses, a Pollito y los «muslos de Bush» de Moldavia, a moscas tse-tsé y conejillos de Indias de un laboratorio de Zimbabue en una novela juvenil, a gatos cimarrones, ballenas con cámaras, delincuentes y chuchos entrenándose en un centro penitenciario, a una perra muy hábil y una mujer de mediana edad que practican juntas un deporte en California. Todas estas son figuras, todas están mundanamente aquí, en esta tierra, ahora, preguntando cómo será ese «nosotros»/«nosotras» en el que devendrán cuando las especies se encuentren.

El perro de Jim y el perro de Leonardo

Os presento al perro de Jim. Mi amigo y colega Jim Clifford hizo esta fotografía en diciembre, durante un paseo por uno de los húmedos cañones del corredor verde de Santa Cruz, cerca de su casa. Este perro, que está sentado, prestando atención, solo duró una estación. El invierno siguiente, la forma y la luz del cañón no concedieron un alma canina al tocón de secuoya quemado, cubierto



El perro de Jim. Cortesía de James Clifford.

de pinocha, musgo, helechos, líquenes (¡y hasta una plántula de laurel californiano que hacía de rabo!) que la mirada de mi amigo había descubierto para mí el año anterior. El perro de Jim es el encuentro entre tantas especies, de tipos tan diversos, que sugiere una respuesta a mi pregunta sobre a quién y qué tocamos cuando tocamos a este perro. ¿De qué manera este contacto nos vuelve más mundanos, en alianza con todos los seres que trabajan y juegan en aras de una alterglobalización capaz de durar más de una estación?

Tocamos al perro de Jim con ojos dactilares[5] gracias a una buena cámara digital, a ordenadores, a servidores y al programa de correo electrónico a través del cual recibí el archivo .jpg de alta resolución. El sistema visual primate que Jim y yo heredamos, con su aguda sensibilidad cromática y su nítida capacidad de enfoque, está integrado como un pliegue en la carne electrónica, plástica y metálica del dispositivo digital. Nuestra capacidad de percepción y el placer sensual nos vinculan a las vidas de nuestros parientes primates. Al entrar en contacto con este legado, nuestra mundanidad tiene la obligación de responder a y por esos otros primates, tanto en sus

hábitats naturales como en los laboratorios, los zoológicos y los estudios de cine y televisión. También es palpable al tacto el oportunismo biológico colonizador de los organismos, desde las bacterias y los virus luminosos pero invisibles hasta la corona de helechos sobre la cabeza del chucho. La diversidad biológica de las especies, con todas las dudas que nos plantea hoy en día, está presente en este perro encontrado.

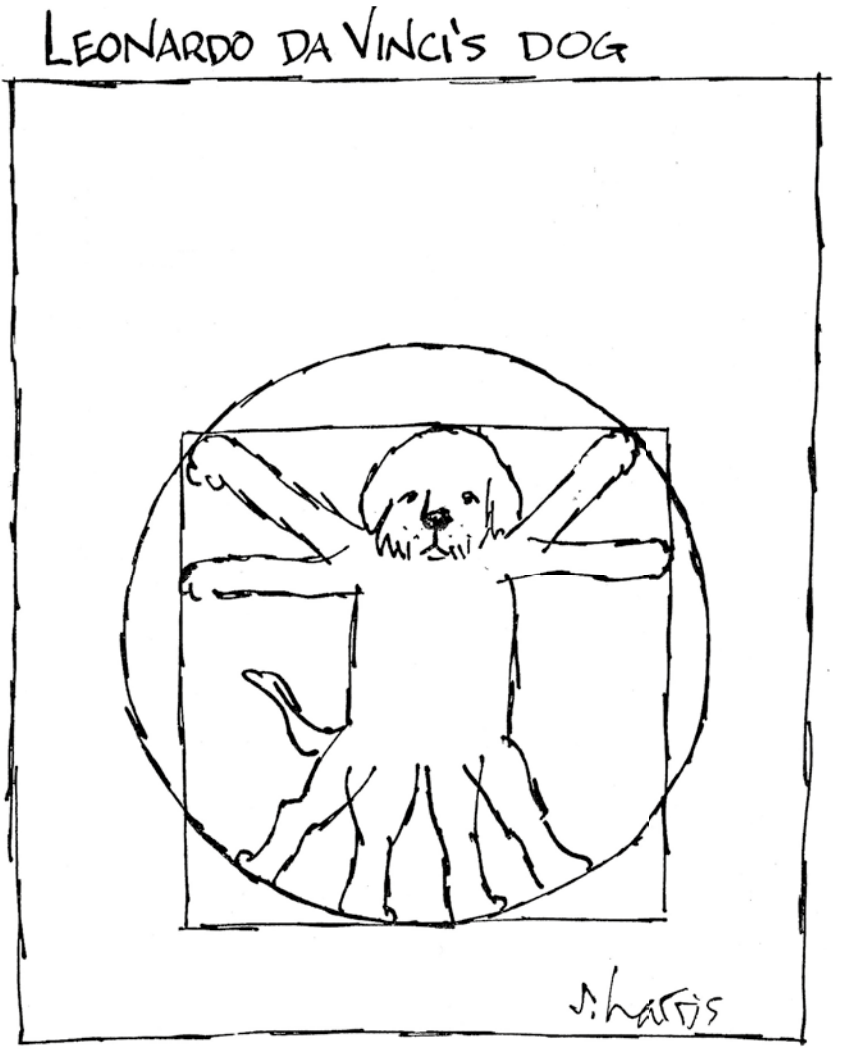
Con el contacto táctil-óptico de este cánido engendrado por una cámara, nos adentramos en las historias de la ingeniería informática, del trabajo en las cadenas de montaje de productos electrónicos, de la minería y la gestión de residuos informáticos, de la investigación y la fabricación de plásticos, de los mercados transnacionales, los sistemas de comunicación y los hábitos tecnoculturales de consumo. Las personas y los objetos estamos en contacto intractivo, en una relación de constitución mutua. Visual y tácticamente, estoy en presencia de los sistemas de trabajo interseccionales diferenciados por raza, sexo, edad, clase y región que dieron vida al perro de Jim. Dar respuesta es lo mínimo que requiere este tipo de mundanidad.

No habría conocido a este perro si no fuera por la práctica de salir a pasear en el tiempo libre, instaurada desde principios del siglo XXI en una ciudad universitaria de la costa central de California. Los placeres de las caminatas urbanas están en contacto con las prácticas de trabajo de los leñadores de finales del siglo XIX, que cortaron el árbol sin motosierra y permitieron así que el tocón quemado adquiriera una vida posarbórea. ¿Adónde fue a parar la madera de ese árbol? Las quemas controladas tradicionales practicadas por los leñadores, o quizás los incendios causados por relámpagos en la estación seca de California, esculpieron al perro de Jim a partir de los restos ennegrecidos del árbol. Las políticas del corredor verde de las ciudades de California que desafían el destino de Silicon Valley, herederas de las historias de la clase social y del ecologismo, hicieron posible que el perro de Jim no fuera arrasado por una excavadora para construir viviendas en el extremo oeste de una Santa Cruz ávida de bienes raíces. También contribuyeron a ello las laderas escarpadas de los cañones, erosionadas por el agua y esculpidas por terremotos. Esas mismas políticas de desarrollo urbano y las historias de la Tierra también permiten que los

pumas se paseen por las zonas arboladas del campus, atravesando los matorrales de los cañones que abundan en esa parte de la ciudad. Cuando paseo por esos cañones con mis perros sueltos, siempre pienso en esas posibles presencias felinas. Y entonces los vuelvo a atar. Mirar al perro de Jim con ojos dactilares implica entrar en contacto con todas las importantes historias y luchas, políticas y ecológicas, de pequeñas ciudades comunes y corrientes que se han preguntado: ¿quién debe comer a quién?, ¿quiénes tienen que compartir hábitat? Las ricas zonas de contacto naturoculturales se multiplican con cada mirada táctil. El perro de Jim es una provocación a la curiosidad, que considero uno de los grandes placeres y la principal obligación de las especies compañeras mundanas[6].

El mero hecho de que Jim fuera capaz de ver a este perro mestizo fue un gesto de amistad por parte de un hombre que nunca había demostrado interés alguno por los perros, y que solo empezó a prestarles atención cuando le dio la impresión de que su colega no podía pensar en otra cosa. Pero no fue un perro peludo quien se cruzó en su camino, sino otro tipo de cánido, igual de maravilloso. Como dirían mis informantes en la cultura canina estadounidense, el de Jim es un perro de verdad, un caso único, como esos hermosos perros mestizos imposibles de replicar, esos que solo pueden encontrarse. No hay duda de la ascendencia mezclada, de la miríada de ancestros y contemporaneidades de este perro de carbón lleno de incrustaciones. Quizás Alfred North Whitehead pensaba en esto cuando hablaba de una «concrescencia de prehensiones»[7]. Es sin duda lo más importante que aprendí con la pregunta de a quién toco cuando toco a un perro. Aprendo algo sobre la herencia carnal. Guau…

El perro de Leonardo apenas necesita presentación. Pintado entre 1485 y 1490 por Da Vinci, el *Hombre de Vitruvio,* o *Estudio de las proporciones ideales del cuerpo humano,* se ha abierto camino tanto en el imaginario de la tecnocultura como en la cultura de mascotas caninas. La viñeta hecha por Sydney Harris en 1996 del célebre compañero canino del Hombre imita a una figura que ha pasado a representar el humanismo renacentista, la modernidad, el lazo generativo entre arte, ciencia, tecnología, genio, progreso y dinero. Resulta imposible enumerar la cantidad de veces que el *Hombre de Vitruvio* de Da Vinci apareció en los años noventa en



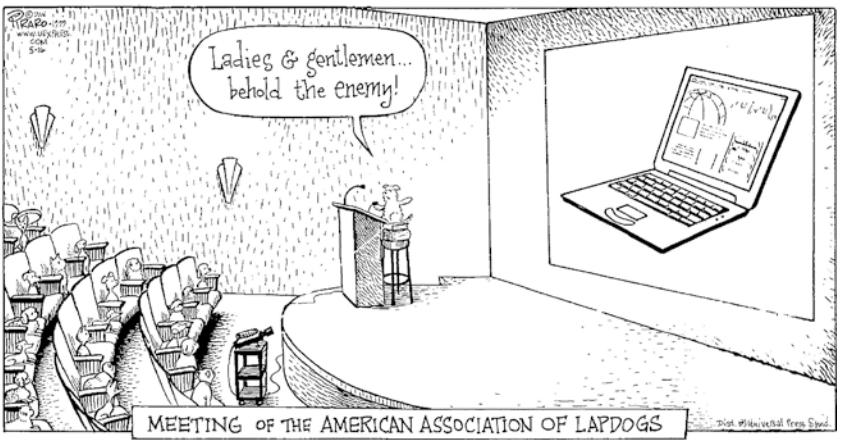
El perro de Leonardo da Vinci. Derechos de autor Sydney Harris, ScienceCartoonsPlus.com.

folletos de conferencias sobre genómica o en anuncios de equipos de biología molecular y reactivos de laboratorio. En cuanto a ilustraciones y anuncios publicitarios, solo pueden competir con él los gráficos anatómicos de figuras humanas disecadas de Vesalio y la *Creación de Adán* de Miguel Ángel, en la bóveda de la Capilla

Sixtina[8]. Bellas Artes, Ciencia Avanzada: genio, progreso, belleza, poder, dinero. El *Estudio de las proporciones ideales del cuerpo humano* pone de relieve el número áureo y la ubicuidad orgánica de la secuencia de Fibonacci en la vida real. Transmutado en la forma de su amo, el *Estudio de las proporciones ideales del cuerpo canino* me ayuda a pensar por qué esta figura humanista por excelencia no sirve para el tipo de altermundialización que busco con los compañeros terrícolas, algo que sí hace el perro de Jim. La viñeta de Harris es divertida, pero la risa no es suficiente. El perro de Leonardo es la especie compañera del tecnohumanismo y sus sueños de purificación y trascendencia. Prefiero caminar con la multitud abigarrada llamada «el perro de Jim», donde las líneas bien definidas entre lo tradicional y lo moderno, lo orgánico y lo tecnológico, lo humano y lo no humano, dan paso a los pliegues de la carne que figuras poderosas, como los cíborgs y los perros que conozco, son capaces de significar y poner en práctica[9]. Quizás por eso el perro de Jim sea ahora el salvapantallas de mi ordenador.

Encuentros profesionales

Esto nos lleva a los encuentros más habituales entre perros y cíborgs, donde se pone en escena su supuesta enemistad. La tira cómica dominical *Bizarro,* realizada por Dan Piraro en 1999, captó a la perfección las reglas del juego. A modo de bienvenida al público, el perrito que pronuncia el discurso de apertura en la Asociación Estadounidense de Perritos Falderos [American Association of Lapdogs] señala una diapositiva que muestra un ordenador portátil mientras anuncia con solemnidad: «Damas y caballeros… ¡he aquí el enemigo!». El fantástico juego de palabras que, en el mismo gesto, une y separa a los perros falderos *[lapdogs]* y los ordenadores portátiles *[laptops]* suscita un amplio abanico de preguntas. Lo primero que se planteará alguien a quien le gusten los perros será qué capacidad tiene el regazo humano para sostener a un perrito y a un portátil al mismo tiempo. Ese sería el tipo de pregunta que se le ocurriría a alguien que todavía esté teletrabajando al final de la tarde, aplazando obligaciones tan importantes como ir a dar un paseo con la bestia que ya ha abandonado el suelo y empieza a



Perrito: «Damas y caballeros… ¡he aquí el enemigo!»
Encuentro de la Asociación Estadounidense de Perritos Falderos.
Derechos de autor Dan Piraro, King Features Syndicate.

importunarle de manera bastante efectiva. Sin embargo, en esta viñeta también se esconden preguntas con más carga filosófica —aunque no por ello más urgentes en la práctica—.

Las versiones modernas del humanismo y el poshumanismo están profundamente arraigadas en lo que Bruno Latour llama «Grandes Divisiones» entre lo que se considera naturaleza y lo que se considera sociedad, entre lo que es humano y lo que no lo es[10]. Paridas en las Grandes Divisiones, las principales Alteridades del Hombre (incluyendo sus prefijos «pos-») están bien documentadas en los registros ontológicos de razas de las culturas occidentales, tanto las antiguas como las presentes: dioses, máquinas, animales, monstruos, bichos desagradables, mujeres, sirvientes, esclavos y todos y todas aquellas no consideradas ciudadanas en general. Lejos de los controles de seguridad de la razón ilustrada, más allá de los aparatos de reproducción de la imagen sagrada de lo idéntico, estos «otros» tienen una notable capacidad para provocar pánico en los centros de poder y certeza-de-sí. El terror suele manifestarse en hiperfilias e hiperfobias. A principios del siglo XXI de la era común, no podemos encontrar mejor ejemplo de estos temores que el pánico que provoca la Gran División entre animales (perritos falderos, *lapdogs)* y máquinas (portátiles, *laptops).*

Tecnofilias y tecnofobias compiten con organofilias y organofobias, y tomar partido no es algo que se pueda dejar al azar. Si amas la naturaleza orgánica, manifestar amor por la tecnología te convierte en sospechosa. Si ves a los cíborgs como monstruos prometedores, entonces eres una aliada poco fiable en la lucha contra la destrucción de lo orgánico[11]. Así me lo hicieron entender en 2001 durante un encuentro profesional, un congreso maravilloso titulado *Taking Nature Seriously* [Tomarse a la naturaleza en serio] en el que yo daba el discurso inaugural. Me sometieron a la fantasía de una violación pública al nombrarme explícitamente en un panfleto distribuido por un pequeño grupo de activistas autoproclamados anarquistas y defensores de la ecología profunda. Al parecer, mi compromiso con los cíborgs como figuras de la hibridez entre lo orgánico y lo tecnológico me convertía en alguien peor que una investigadora de Monsanto, quien al menos no se proclamaría aliada del ecofeminismo. Me veo obligada a recordar que investigadores e investigadoras, incluso quienes trabajan en Monsanto, harían bien en tomarse en serio al feminismo ambientalista antirracista y pensar cómo aliarse con él. También me encontraba en presencia de una gran cantidad de anarquistas y defensores de la ecología profunda que no tenían nada que ver con la acción ni con el análisis moralista y poco curioso de mis saboteadores. Además de recordarme que soy mujer (véase la Gran División mencionada más arriba), algo que el privilegio de clase y de raza, sumado al estatus profesional, puede silenciar durante largos periodos de tiempo, la escenificación de una violación me obligó a recordar por qué busco hermanas y hermanos en las formas fúngicas, no arbóreas, de grupos de parentesco *queer* que practican la comunicación lateral y en cuyos regazos hay espacio de sobra para perritos falderos y ordenadores portátiles al mismo tiempo.

En uno de los paneles del congreso, escuché a un hombre del público decir con tristeza que la violación le parecía un instrumento legítimo contra quienes violan la tierra. Lo dijo como si estuviera asumiendo una posición ecofeminista, para horror de los hombres y las mujeres presentes en la sala que tenían esa inclinación política. Todas las personas que intervinieron en la sesión dijeron que el hombre les parecía un poco peligroso y, sin duda alguna, una vergüenza desde el punto de vista político, pero más que nada

un loco, en el sentido coloquial, si no clínico. Sin embargo, las amenazas un poco psicóticas del hombre merecen más atención, porque lo extremado revela el otro lado de la normalidad. Específicamente, este violador en potencia en defensa de la madre Tierra parece estar moldeado por la fantasía culturalmente habitual del excepcionalismo humano. Esta es la premisa de que la humanidad no es una red espacial y temporal de dependencias interespecies. Así, ser humano es estar del lado opuesto a todos los demás en la Gran División y, por ende, tener miedo (y enamorarse locamente) de lo que acecha por las noches. El hombre amenazante del congreso estaba bien macerado en la fantasía institucionalizada que lleva años de predominio en Occidente y según la cual aquello que es plenamente humano ha caído del Edén, fue separado de la madre, está en los dominios de lo artificial, del desarraigo, de la alienación y, por tanto, de la libertad. Para este hombre, la única salida al profundo compromiso de su cultura con el excepcionalismo humano requiere un rapto unidireccional hacia el otro lado de la división. Volver a la madre es volver a la naturaleza y posicionarse contra el Hombre Destructor, abogando por la violación de científicas de Monsanto, si están al alcance, o de conferenciantes feministas traidoras defensoras del medioambiente, si están a la vista.

Freud es nuestro gran teórico de los miedos de la psique occidental. Dado el compromiso de Derrida por rastrear «toda esta reinstitución antropocéntrica de la superioridad del orden humano sobre el orden animal, de la ley sobre el ser vivo», él es mi guía en la perspectiva de Freud sobre esta cuestión[12]. Freud describió tres grandes heridas históricas infligidas al narcisismo primario del sujeto humano egocéntrico que intenta mantener a raya el pánico mediante la fantasía del excepcionalismo humano. La primera es la herida copernicana, que sacó a la Tierra, el planeta natal del hombre, del centro del cosmos, allanando el camino para que ese cosmos estallara en un universo de tiempos y espacios inhumanos, no teleológicos. La responsable de esa descentralización fue la ciencia. La segunda es la herida darwiniana, que colocó con firmeza al *Homo sapiens* en el mundo de los otros bichos que se buscan la vida en la Tierra, evolucionando en relación mutua, sin las garantías de señales que lleven hacia el destino final: el Hombre[13]. Una vez más, fue la ciencia la que infligió ese corte cruel. La tercera herida es la freu-

diana, que planteó un inconsciente que deshacía la primacía de los procesos conscientes, incluyendo la razón, que reconfortaba al Hombre con su excelencia incomparable, una vez más con consecuencias terribles para la teleología. Al parecer, una vez más, fue la ciencia la que blandió esa espada. Quiero agregar una cuarta herida, la informática o ciborgiana, que genera pliegues entre la carne orgánica y la tecnológica, diluyendo así esa Gran División.

No es de extrañar que en cada ciclo electoral la Junta Educativa de Kansas quiera eliminar estas cuestiones de los libros de texto, aunque para suturar las heridas abiertas y conseguir un ser coherente, fantástico pero bien dotado, tendrían que eliminar casi toda la ciencia moderna. Es digno de reseñar que, en la última década, los resultados de las elecciones a la junta estatal en Kansas sean favorables a quienes se oponen a la enseñanza de la evolución darwiniana en un sufragio y en el siguiente den la victoria a los grupos que la prensa llama «moderados»[14]. Kansas no es la excepción: en 2006 representaba más de la mitad de la opinión pública en los Estados Unidos[15]. Freud sabía que el darwinismo no es moderado, y también que era algo bueno. Desde mi punto de vista, vivir sin teleología y sin excepcionalismo humano es fundamental para que un portátil y un perrito faldero quepan en un solo regazo al mismo tiempo. Es más, estas heridas a la certeza-de-sí son necesarias, aunque insuficientes, para que no sea tan fácil decir «Damas y caballeros… ¡he aquí el enemigo!» en ningún ámbito. En su lugar, quiero que mi gente, agrupada por figuras de relacionalidad mortal, recupere aquel viejo eslogan de finales de los ochenta, «¡Cíborgs por la supervivencia de la tierra!», y lo una a mi nueva pegatina de la revista *Bark* [Ladrido]: «Mi copiloto es un perro». Ambos bichos cabalgan por el mundo a lomos de un pez de Darwin[16].

El cíborg y el perro aparecen juntos en el próximo encuentro profesional que recojo en estas presentaciones. Hace unos años, Faye Ginsburg, eminente antropóloga y cineasta, hija de Benson Ginsburg, pionero en el estudio de la conducta canina, me envió una viñeta de Warren Miller publicada en *The New Yorker* el 29 de marzo de 1993. Faye pasó su infancia con los lobos que estudiaba su padre en el laboratorio de la Universidad de Chicago y con los animales de los laboratorios del Jackson Memorial en Bar Harbor, Maine, donde J. P. Scott y J. L. Fuller también realizaron sus famo-



Lobo: «La encontramos deambulando por los alrededores del bosque. Fue criada por científicos».
Warren Miller, de CartoonBank.com. Derechos *The New Yorker*, 1993.

sas investigaciones sobre genética y conducta social canina a partir de finales de los años cuarenta[17]. En la viñeta, un lobo salvaje presenta a la manada a una visitante de la misma especie que lleva un dispositivo de comunicación electrónica con una antena para enviar y recibir datos: «La encontramos deambulado por los alrededores del bosque. Fue criada por científicos». Faye Ginsburg estudia los medios de comunicación indígenas en la era digital, por lo que se sintió atraída por la articulación entre etnografía y tecnología de las comunicaciones en la viñeta de Miller. Experta desde pequeña en integrarse en la vida social de los lobos mediante amables rituales de presentación, se sintió interpelada por partida triple. Faye también es parte de mi grupo de parentesco de teoría feminista, así que no es ninguna sorpresa que yo también me reconozca en esa loba cargada con un dispositivo de telecomunicación. Esa figura congrega a su gente mediante redes de amistad, historias humano-animales, estudios de la ciencia y la tecnología, política, antropología y etología, así como el sentido del humor de *The New Yorker*.



Faye Ginsburg y el lobo Remus saludándose y jugando en el laboratorio de Benson Ginsburg, en la Universidad de Chicago. Publicada en la revista *Look:* «Un lobo puede ser el mejor amigo de una chica», por Jack Star, 1963. Fotografía de Archie Lieberman. Colección de la revista *Look,* Biblioteca del Congreso, División de estampas y fotografías, LC-L9-60-8812, fotograma 8.

Esta loba hallada en las inmediaciones del bosque y criada por científicos representa aquello que creo ser en el mundo: un *organismo* configurado por la biología posterior a la Segunda Guerra Mundial, saturado de tecnologías y ciencias de la información; una *bióloga* formada en esos discursos; una *profesional* de las humanidades y las ciencias sociales etnográficas. Estas tres formaciones de sujeto son cruciales para las preguntas planteadas en este libro sobre la mundanidad y el contacto a través de la diferencia. La loba se encuentra con otros lobos, pero no puede dar por sentado que será bien recibida. Debe ser presentada, es necesario explicar

su extraño paquete de comunicaciones. Está poniendo al descubierto la ciencia y la tecnología en ese bosque. Se acerca amablemente a la manada de lobos, no la invade; serán los lobos quienes decidan su suerte. Esta manada no es una de esas pomposas fantasías de lobos salvajes en plena naturaleza, sino un grupo de cánidos cosmopolitas, inteligentes y curiosos en libertad. El lobo mentor y anfitrión de la visitante es generoso, está dispuesto a perdonar cierto grado de ignorancia, pero será la visitante quien tenga que conocer a sus nuevas amistades. Si todo va bien, se convertirán en comensales, en especies compañeras, en alteridades significativas, en congéneres. La loba científica enviará datos y también traerá datos a los lobos del bosque. Esos encuentros conformarán naturoculturas para todas las partes implicadas.

Hay mucho en juego en esos encuentros, y los resultados no están garantizados. Aquí no hay garantía teleológica, ni la de un final feliz o infeliz, ya sea en términos sociales, ecológicos o científicos. Lo único que hay es la oportunidad de llevarse bien con algo de gracia. En lugar de alcanzar finales sublimes y definitivos, las Grandes Divisiones animal/humano, naturaleza/cultura, orgánico/técnico y salvaje/doméstico se aplanan hasta convertirse en diferencias mundanas, de esas que tienen consecuencias y demandan respeto y respuesta.

Especies compañeras

La señorita Cayenne Pepper sigue colonizando todas mis células, en un claro ejemplo de lo que la bióloga Lynn Margulis llamó «simbiogénesis». Apuesto a que, si analizaran nuestro ADN, encontrarían algunas potentes transfecciones entre nosotras. Su saliva debe de tener los vectores virales. No hay duda de que sus besos en forma de lametazos han sido irresistibles. Aunque compartimos ubicación en el filo de los vertebrados, no solo habitamos géneros diferentes y familias divergentes, sino órdenes completamente distintos.

¿Cómo ordenar las cosas? Cánido, homínido; mascota, profesora; perra, mujer; animal, humano; atleta, entrenadora. Una de nosotras tiene un microchip en el cuello como identificación; la otra tiene un carné de conducir del estado de California. Una de

nosotras tiene un registro escrito de sus ancestros a lo largo de veinte generaciones; la otra no sabe los nombres de sus bisabuelos. Una de nosotras, producto de una amplia mezcla genética, es llamada de «pura sangre». La otra, también producto de una amplia mezcla, es considerada «blanca». Cada uno de estos nombres designa un discurso racial diferente, y ambas heredamos sus consecuencias en la carne.

Una de nosotras está en la cúspide de su rendimiento físico, es joven y ardiente; la otra está sana y vigorosa, pero ya es mayor. Ambas practicamos un deporte de equipo llamado *agility* en las mismas tierras indígenas expropiadas en las que los ancestros de Cayenne pastoreaban ovejas. Ovejas que fueron importadas de la economía pastoril de Australia, ya por entonces colonial, para abastecer la fiebre del oro de 1849 en California. El nombre de nuestro juego es complejidad: capas y capas de historia, biología, naturoculturas. Ambas somos descendientes de la conquista sedientas de libertad, somos producto de asentamientos de colonos blancos, saltando obstáculos y reptando por túneles en el campo de juego.

Estoy segura de que nuestros genomas son más parecidos de lo que deberían. Seguro que algún registro molecular de nuestro contacto en los códigos de lo vivo dejará rastros en el mundo, por más que seamos hembras silenciadas en términos reproductivos, una por edad y elección; la otra, por cirugía sin consulta previa. Su ágil lengua rojiza merlé de pastora australiana ha recogido muestras de los tejidos de mis amígdalas, con todos sus ansiosos receptores del sistema inmune. Quién sabe adónde llevaron sus mensajes mis receptores químicos o qué adoptó ella de mi sistema celular para distinguir lo propio de lo ajeno y enlazar lo exterior con lo interior.

Hemos tenido conversaciones prohibidas y relaciones orales, estamos entrelazadas contando historia sobre historia con los hechos y nada más que los hechos. Nos entrenamos mutuamente en actos de comunicación que apenas entendemos. Somos, constitutivamente, especies compañeras. Nos construimos mutuamente, en carne y hueso. Siendo alteridades significativas la una para la otra, con diferencias específicas, encarnamos significativamente esa terrible infección evolutiva llamada amor. Este amor es una aberración histórica y un legado naturocultural[18].